

"LE HABLARÉ AL CORAZÓN" (OS 2,16)

Los sociólogos coinciden en señalar la diferencia fundamental entre la década de los 70 y la de los 80. La primera se caracterizó por la euforia. Y la segunda por el desencanto. En América Latina, esta última fue, además, la "década perdida". Para el autor del presente artículo, esto entraña un reto para la Iglesia y para los cristianos, pues les apremia la exigencia de evangelizar también a la generación actual. Para llevar a cabo esta tarea de evangelizar, deberíamos aprender del profeta Oseas que vivió también en una coyuntura crítica y en ella supo hablar al corazón de su pueblo.

«Le hablaré al corazón» (Os 2,16), páginas 21 (1996) 9-20

I. Análisis de situación

¿Cambio de rumbo o fin de la historia?

En los años 70 cantábamos aquel "Hombres nuevos creadores de la historia", que sintetiza el espíritu de la década: más triunfalista, pero también más utópica y soñadora. Expresaba la fe en la capacidad para cambiar el mundo. Las grandes potencias de entonces e incluso la ONU se habían propuesto como meta colocar al hombre en la luna y erradicar el hambre del mundo. Los resultados están a la vista.

Medellín (1968) se hacía eco de esa euforia cuando afirmaba: "América Latina (es) una realidad prometedora y cuajada de esperanzas(...). Creemos que estamos en una nueva era histórica". Y concluía así: "Tenemos fe en Dios, en los hombres, en los valores, en el futuro de América Latina".

Con el paso de los años el mundo ha cambiado mucho. Pero la vida de nuestros pueblos no ha mejorado. Se habla de la "década perdida" y cunde el escepticismo, la desconfianza, la inseguridad y la falta de fe.

En la década de los 90 se respiran otros aires. Hay quien se atreve a proclamar "El fin de la historia", para arrumbar de una vez la utopía y el compromiso. Ya no existe ni proyecto ni historia. Se pasa de la euforia al desencanto, del compromiso a la intimidad. Gráficamente expresado: es el paso "de Prometeo a Narciso". Prometeo es el "santo" pagano que, al robar el fuego sagrado a Zeus, trajo el progreso a la humanidad. Narciso es el hombre que, enamorado de sí mismo, no tiene ojos para los demás.

No es que cualquier tiempo pasado fuera mejor. El desencanto de la postmodernidad no es algo del todo negativo. Hay en él una fuerte carga profética de denuncia: el progreso no nos ha hecho más felices y el compromiso con el cambio de la historia no debe sacrificar al individuo en aras de una causa ni el presente con la esperanza del futuro. Presente y futuro, individuo y causa poseen cada uno su valor y exigen el difícil arte de integrar sin excluir.

La generación joven de hoy no tiene los mismos ideales que la de los años 70. Entonces alentaba una verdadera mística del compromiso. Hoy predomina un misticismo de corte individualista "sin prójimo y sin historia". El individuo se repliega sobre sí mismo como

una forma de protestar contra un progreso que no le ha hecho más feliz y contra una programación de la eficiencia que amenaza con convertirle en robot. Se ha pasado del "pienso, luego existo" de Descartes, al "siento, luego existo" de la postmodernidad y al "compro, luego existo" de la filosofía del marketing.

La generación joven actual posee una sensibilidad diferente. El individuo puede renunciar al compromiso con la sociedad, pero no a ser feliz. El horizonte se encoge. Pero, con este repliegue, lo que se pretende es salvar al sujeto, a la persona. Así se explica, por Ej., el éxito del gregoriano: es una música que pacifica el espíritu y lleva de la mano a un mundo de misterio. El individuo no es sólo acción y racionalidad. Es también, sobre todo, sujeto, interioridad, corazón con capacidad de tener miedo y de gozar, de sobrecogerse y de soñar. Se ha revalorizado, pues, el mundo de los sentimientos.

¿Cómo ven los jóvenes el futuro? Algunas publicaciones recientes nos lo descubren. Se trata de un futuro de miedo y de esperanza, de heroísmo en lo rutinario y de relaciones afectivas. En él el dinero no es valor predominante. La seriedad del compromiso no puede eliminar la capacidad de gozar. Y la capacidad de soñar puede ser capacidad de comenzar de nuevo.

¿Desafío a la Iglesia?

No se trata de lamentar, sino de aceptar los retos del momento. En la década de los 70 la Iglesia asumió el espíritu de la época impulsando los procesos de liberación y favoreciendo el compromiso cristiano, porque en ellos se jugaba la causa del hombre, a quien Dios quiere salvar.

La pregunta que se nos plantea ahora es si, como Iglesia, sabremos decir una palabra de aliento a los que "mueren sin fe, cansados de tanto luchar", si sabremos reavivar la esperanza en tantos hermanos nuestros desengañados y tentados de encerrarse en sí mismos en una espiritualidad sin prójimo y sin historia. Como Iglesia, debemos cultivar una nueva sensibilidad para comunicar el "evangelio" al ser humano, que lo necesita. Pero no debemos hacerlo desde la mera racionalidad de una doctrina pensada y transmitida atemporalmente, sino desde la sensibilidad "samaritana", de quien se acerca a vendar las heridas.

A pesar del desencanto y gracias al descubrimiento del corazón, nuestra generación posee una buena base para conectar con el Evangelio. Acaso lo único que nos falte sea una sensibilidad profética para conectar con la realidad del mundo en que vivimos y que tiene derecho a ser salvado, como lo tenía el mundo de los años 70. En definitiva, lo que importa es evangelizar: transmitir una buena noticia, no sólo una buena doctrina.

II. De Amós a Oseas

Si en clave griega podemos caracterizar nuestra época como el paso de "Prometeo a Narciso", en clave bíblica podríamos hablar más bien del paso de "Amós a Oseas". Amós es el profeta de la justicia. Oseas es el profeta de la misericordia y del afecto, que no excluye el compromiso con la justicia, sino que la integra en una síntesis superior.

Amós y Oseas, dos profetas de lenguaje diferente, pero los dos, testigos del Dios que salva. Su lenguaje nuevo para una situación nueva puede iluminar nuestra creatividad evangelizadora.

El contexto de Oseas

Oseas ejerció su actividad profética en el siglo VIII a.C., en una época especialmente dura, en la que el coloso del Este -Asiria- imponía su férrea ley de vasallaje y en la que el reino del Norte tocaba a su fin. La presencia de Asiria en Israel significó un progresivo empobrecimiento "por las cargas del rey soberano" (8,10). Con frase lapidaria, dice el profeta que "han devorado a Israel" (8,8). Como consecuencia de ese empobrecimiento, la violencia cunde por doquier. En los últimos treinta años de Israel se suceden seis reyes, cuatro de los cuales son asesinados por usurpadores. "Todos sus reyes van cayendo" -exclama Oseas (7,7). El profeta constata que "florecen los pleitos como la cizaña en los surcos del campo" (10,4), y que "no hay verdad ni lealtad ni conocimiento de Dios en el país, sino juramento y mentira, adulterio y libertinaje, homicidio tras homicidio" (4,2-3). Una sociedad en la que se ha perdido el respecto a la verdad y a la lealtad es una sociedad prostituida. Y esto es peor todavía que la prostitución sagrada que, a imitación de la religión de los baales, dioses de la fecundidad, se practica en los templos (4,13).

A Oseas, le toca, pues, vivir en un tiempo de crisis, que bien podría considerarse "el final de la historia". El profeta es consciente de la dura realidad que puede vivir su pueblo en el exilio cuando dice: "Samaria pagará su culpa de rebelarse contra su Dios: los pasarán a cuchillo, estrellarán sus criaturas, abrirán en canal a las embarazadas" (14,1). Por haber roto la alianza, Dios no reconoce a Israel como pueblo suyo (1,9). La gran utopía de Dios, que comenzó con la salida de Egipto, amenaza ahora con acabar en rotundo fracaso: la vuelta a la esclavitud de Egipto. Es aquí cuando Oseas lanza su mensaje. Dios decide con su corazón la suerte de Israel: "Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas" (11,8). En lugar de amenazar con el peso de la justicia, echa mano del lenguaje de la misericordia. Le interesa mostrar que Dios salva siempre: "Los querré sin que se lo merezcan".

Le hablaré al corazón

A un pueblo abatido, el profeta le alienta con el lenguaje cálido del amor y con la convicción de que "el que nos despedazó (...) nos hará revivir" (6,1-2). Y por esto pone en boca de Dios palabras -bellas y atrevidas- que sólo el amor puede inspirar: "Por tanto, mira, voy a seducirla llevándomela al desierto y *hablándole al corazón*" (2,16).

Como Amós, también Oseas podía hablarle, al pueblo de la alianza, el lenguaje de la justicia. Pero optó por la *hesed*, como la esencia de la alianza con Yahvé. *Hesed* es una de esas palabras intraducibles, pero que, como *da'at* (conocimiento), brota del corazón, de lo más profundo y auténtico de la persona. Es el cariño, el afecto, el amor, la misericordia, la gracia. Yahvé la quiere derrochar sobre su pueblo, porque "así ama el Señor a los israelitas" (3,1).

Por esto, todo el vocabulario y las imágenes que emplea Oseas para hablar de Dios nos remiten al mundo de las relaciones humanas. Dios es el esposo o el padre e incluso la madre que enseña a andar a su niño, que lo lleva en sus brazos. Porque "con lazos de amor los atraía, con muestras de cariño" (11,4).

Como amante apasionado, hará Yahvé lo indecible para recuperar a la esposa que le ha sido infiel. Con expresión atrevida, dice el profeta que Dios "va a seducir" a Israel, doblando su rebeldía con el poder del afecto. Hablando de corazón a corazón, en el desierto, o sea, a solas, es como se despierta el afecto, la confianza y el deseo de corresponder desde lo hondo del corazón.

Oseas nos sugiere, pues, el nuevo lenguaje profético de quien quiere llegar a su pueblo. No llegaremos a él por el camino de las ideas, sino por los lazos del amor y del cariño que resanan la persona por dentro. Sin olvidar, naturalmente, las exigencias de la justicia. Oseas no se desinteresa de la justicia, pero va a la raíz de la falta de justicia, que no es la falta de leyes, sino la falta de corazón.

La nueva evangelización ha de ser menos doctrinal y moralizante y debe tomar más en serio las heridas del corazón. Se necesita una conversión a la *hesed*, o sea, al amor gratuito de Dios y al gozo de sentirse amado, valorado. No es la insistencia sobre el *deber*, sino sobre el *ser* lo que mueve al ser humano, que no es *sólo hacer y tener*, sino fundamentalmente *ser*. Y la primera verdad del ser no es "pienso, luego existo" -el predominio de la razón-, sino "siento, luego existo" -la primacía del corazón, de lo más profundo y auténtico del ser humano. Si soy capaz de sentir es porque he recibido la existencia como don gratuito, porque otros han pensado en mí antes de mi existencia. Esto, que vale de los padres humanos, vale sobre todo de Dios. Él ha pensado en nosotros antes de nacer, como pensó en Jeremías (Jr 1,5). Y a su pueblo Yahvé le dice: "Te he llamado por tu nombre, tú eres mío. (...) Te aprecio, eres valioso y yo te amo" (Is 43,1.4). La verdad sobre la que nuestras vidas deben asentarse es la de alguien que nos amó primero (1 Jn 4,19), con amor eterno (Jr 31,3).

Uno de los traumas más profundos del ser humano es el de no sentirse ni deseado ni valorado. Y por esto hay que hablarle más de esa bendición original que del pecado original. Porque la decisión más profunda que brota del corazón de nuestro Dios es que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5,20). La existencia es un don maravilloso del amor. Y existir es recibir la existencia de otros. Es, por tanto, abrirse a la gratuidad, al gozo de vivir por descubrirse amado y valorado. Así se contrarresta la conciencia, tan extendida, de indignidad, de baja autoestima, que tienen muchos de nuestros hermanos. En una sociedad mercantilista, como la nuestra, en la que todo se compra y se vende y donde se suele valorar al ser humano por lo que tiene, el convertirse a la gratuidad que brota del corazón desarrollará en nosotros la capacidad de contemplar, de agradecer, de maravillarse ante la belleza y el misterio. Hablando al corazón se reaviva lo mejor del corazón, que es el amor y la entrega.

Esto nos ayuda también a reflexionar sobre el problema actual de las sectas. No nos ha de preocupar tanto que avancen, sino por qué avanzan. ¿Qué ofrecen que nosotros, como Iglesia, no sabemos dar? Creo que, mientras nosotros hablamos más a la cabeza y apelamos al deber, ellos hablan más al corazón. No convencer por la doctrina que predicán, sino por el calor humano que brindan. En los templos de las sectas la persona es acogida desde que entra, mientras que entre nosotros pasa desapercibida. Ellos hablan

más al corazón. En cambio, nuestras liturgias hablan de poder y de razón. Urge inventar un lenguaje nuevo que llegue al corazón. Entonces, como en Oseas, el pueblo, "responderá como en los días de su juventud" (2,16).

"Me llamarás esposo mío, no me llamarás ídolo mío"

Pero el problema es más hondo que el simple cambio de lenguaje. Se trata de "cambiar" de Dios, de descubrir un Dios diferente, que se parezca cada vez más al "Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef. 1,1). Se trata de una manera nueva de relacionarse con Dios que Oseas expresa con la frase: "Me llamarás esposo mío, ya no me llamarás ídolo mío" (2,18).

En tiempo de Oseas, el sincretismo religioso hacía que se confundiese Yahvé con los *baales*, los ídolos de la fertilidad, que proporcionaban seguridad, porque eran *dueños* del bienestar y la abundancia. Los baales perduran. Hoy son el poder, el dinero, la fuerza, los que nos hacen sentirnos seguros. De ese tipo de poderes decía ya Oseas a los israelitas que "no puede curaros ni sanaros la llaga". Nuestra generación ha experimentado también la incapacidad de salvar que tiene el "progreso" mal entendido. Hay que abandonar los ídolos y convertirse al único Dios que salva. Hay que descubrir que el progreso no consiste sólo en *tener más*, sino en *ser más*. Y por esto son otros los valores que están en juego. El hambre del ser humano no se sacia sólo con pan. Economía y política están al servicio del ser humano y de la vida.

Pero la expresión de Oseas nos dice que no sólo han de desaparecer los ídolos, sino que Dios mismo ha de dejar de ser ídolo. Dios convertido en ídolo es lo peor que le puede suceder al ser humano. Y Dios se convierte en ídolo cuando es opresor por el miedo, la culpabilidad o la fuerza coactiva del deber, o sea, cuando no habla al corazón, sino que lo encoge y lo amedrenta.

Oseas expresa todo esto con un juego de palabras: "Me llamarás *ish* mío, no me llamarás *baal* mío". *Baal* significa ídolo, pero también esposo, o sea, *dueño* de la esposa. En este caso, la relación entre esposo y esposa es de sumisión, de despotismo, porque no son iguales. En cambio, *ish* significa esposo, como *compañero*, o sea, en condiciones de igualdad. Esposo y esposa se pueden hablar de corazón a corazón y entre ellos brota la ternura, el afecto, el amor. Esta es la relación que Dios quiere tener con su pueblo. No de temor por la obligación, sino de cariño y de confianza, porque se cree en lo ilimitado del amor. Lo que Dios quiere es una esposa o un hijo, no un esclavo.

Es por aquí por donde tiene que ir la nueva evangelización. No hemos sido capaces de hacer descubrir a nuestro pueblo el gozo del Evangelio, no le hemos ayudado a hacer la experiencia de un Dios que le habla de corazón a corazón. Se cree en el Dios que castiga. Uno se siente indigno para acercarse a Dios, y la eucaristía, de pan de los hermanos, pasa a ser premio de los dignos. Educados en la tradición del mérito y del esfuerzo, no acabamos de creer en el Dios que salva y perdona. También a nosotros nos dice el profeta: "No me llamarás dueño, sino esposo".

"El Valle de la Desgracia será Paso de la Esperanza"

Oseas habla al corazón. Pero no para fomentar una piedad intimista y evasiva de la realidad. El lenguaje del corazón acaba en matrimonio: "Me casaré contigo para siempre" (2,21). El descubrimiento del sentido de la vida por la experiencia del amor que viene de Dios nos abre al compromiso con la justicia, pero también con el afecto, el cariño, la ternura y la fidelidad. Experimentar todo esto es experimentar, *conocer* -dice Oseas- , a Dios: "Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo en justicia y en derecho, en afecto y en cariño; me casaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor (2,21-22).

"El Valle de la Desgracia se convertirá en Paso de la Esperanza" (2,17). El Valle de la Desgracia alude a la primera entrada fallida de los israelitas en la tierra prometida (Jos 7,24-26). La nueva entrada que Dios propone para el futuro será diferente. Cuando el hombre experimenta a un Dios que le habla al corazón, el *Valle de la Desgracia* se convierte en *Paso de la Esperanza*.

El compromiso por la liberación y la opción por los pobres se motiva cuando nos hacemos cargo de la magnitud y urgencia del problema. Pero también, y aún más, cuando descubrimos la gratuidad del amor de Dios que nos mueve a hacernos nosotros mismos don y entrega como respuesta, y cuando experimentamos en carne propia la exquisita sensibilidad de Dios para hablarnos al corazón. Hablando de corazón a corazón, se nos contagian los sentimientos del Padre común para con el pueblo y nos abrimos a la esperanza.

Conclusión

Nos hemos dejado guiar por el profeta Oseas. La Biblia entera es una apelación que Dios hace al corazón del hombre. Y el NT es la eclosión de esa apelación. El misterio de la encarnación -Dios con rostro humano- nos habla de esa capacidad que Dios tiene para hablar de corazón a corazón, de rostro a rostro, de mirada a mirada. Nos invita a descubrir la "sacramentalidad" de la salvación en el gesto, en la palabra, en el tacto, en la mirada y en la sonrisa. Jesús anunciaba el Reino. Pero no sólo como doctrina. Lo realizaba, sobre todo, cuando curaba, abrazaba a los niños, tocaba a los enfermos, miraba con cariño y devolvía la dignidad y la confianza al ser humano. El hombre de hoy necesita sobre todo una palabra o un gesto que le llegue al corazón. Es ahí donde se encontrará con su Dios.

Condensó: ELISA GARCÍA PLAZA